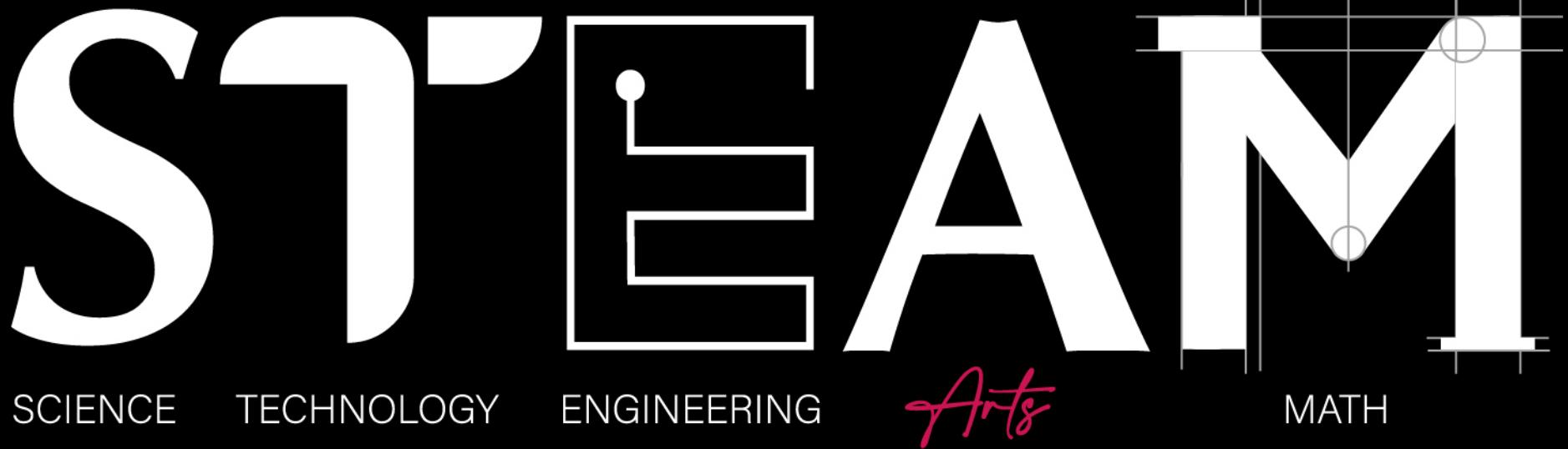


[Re] Imaginando



desde la diversidad

Coordinadoras

Diana E. López
Alejandra Díaz Zepeda
Janett Juvera Avalos
Elena Catalina Gutiérrez Franco



Fusionando ciencia y maternidad: experiencias, necesidades y soluciones

Paula de Tezanos Pinto¹

Este es un capítulo muy íntimo. Aquí relato mi experiencia de ser madre y trabajar en ciencia, usando mi camino como excusa para ilustrar un estado de situación colectiva en cuanto a las barreras que enfrentamos las madres en ciencia. Soy ecóloga y trabajo con cianobacterias potencialmente tóxicas, me enfoco en integrar el mundo microscópico con el monitoreo satelital. Y hace diez años, cuando nació mi hija Julieta, también nací yo como madre. Espero mi relato sirva para enriquecer discusiones y acciones que lleven hacia una transformación sistémica que garantice una mayor equidad para las madres en ciencia.

Como latina, científica y madre he avanzado en mi carrera académica enfrentando barreras de diferente índole. Cuando leo en la literatura las barreras que enfrentan las madres, me doy cuenta de que en mi camino me encontré con la gran mayoría de ellas. Y es que las madres somos un grupo particular de persona científica, porque además de enfrentar las barreras de género (y origen en nuestro caso como latinas) también enfrentamos las asociadas a la maternidad.

Cuando me embaracé y luego nació mi hija, por suerte, yo ya había alcanzado mi puesto permanente en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), en Argentina, donde continúo trabajando actualmente como investigadora independiente. Sé que la situación es mucho más difícil para aquellas madres que aún no tienen un puesto permanente de trabajo. Tuve un embarazo bueno y trabajé hasta casi el día antes de parir. Padecí muchas de las típicas vicisitudes en el camino: vómitos (¡en el segundo semestre!), diabetes gestacional (por suerte controlaba mi azúcar con la dieta), acidez, insomnio, hemorroides, pero en líneas generales tengo un recuerdo muy positivo de mi embarazo. Si bien me preparé para tener parto natural mi hija nunca se dio vuelta y entonces el parto fue inevitablemente con cesárea. También me había preparado para la lactancia, pero en la primera noche en el sanatorio le dieron complemento porque había bajado mucho de peso. Yo quería darle mi pecho, pero había perdido la confianza. Sin embargo, me mantuve tenaz, incluso a pesar de que dudaba si lo iba a lograr. Un día, cuando mi hija tenía dos meses, desesperada, fui a la liga de la leche

¹ Argentina, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina.

para ver cómo podía amamantar a mi hija sin que llorara cada vez que amamantaba, había un pecho que no le gustaba nada, y para mí siempre era muy estresante enfrentar el momento del pecho. La especialista al principio empezó a darme más tareas para hacer, que me parecían imposibles de cumplir, pero de repente me dijo “olvídate de todo lo que te dije, solamente olvídate del reloj cuando le des de mamar” y ese simple consejo me ayudó a seguir adelante (estructurada por mi profesión pensaba que si no cumplía los minutos reglamentarios en cada pecho no estaba mando bien y se ve que mi estrés también le afectaba a ella). Fue así como empecé a estar más confiada al amamantar, y después todo fluyó bien. Un año después volví a la liga de la leche, pero esta vez para informarme sobre cómo destetarla armoniosamente.

En Argentina tenemos 3 meses de licencia maternal (un padre en ciencia solamente tiene 5 días de licencia). En estos meses recorrió mis primeros pasos en esto de ser mamá, dar de mamar, cuidar y amar a esta bebé que me cambiaba la vida por completo. Yo siempre había viajado por el mundo, viviendo aventuras de todo tipo y color, llegando de noche a ciudades muy exóticas, muestreando en la Antártida, viajando por India, China y Nepal de mochilera. Pero, con la llegada de mi hija, rápidamente me di cuenta

de que ella era la aventura más alocada y grande que había vivido en mi vida. Al principio dudaba de todo, yo que siempre fui una persona bastante segura, ni siquiera me podía dormir de noche por la alerta que tenía de cuidarla incluso mientras ella dormía. Cuidar a un bebé requiere atención las 24 horas, implica poner el cuerpo y asumir un nivel de entrega imposible de cumplir sin costos personales (Gorodischer, 2022). De a poquito y día tras día fui ganando confianza en mí rol de madre, y cada día que pasaba me parecía más fácil que el anterior. Para mí lo más difícil fue el principio, sentía que iba en un tren de alta velocidad y que no podía detenerme, pero de a poquito la velocidad se acomodó y me fui recibiendo de mamá (como decía su pediatra).

Para cuando volví al laboratorio mi hija tenía casi 5 meses –me había tomado la licencia más un mes de vacaciones– y los primeros tiempos trabajaba desde casa, hasta que llegó la hora de volver. Volver a trabajar no me costó mucho, el trabajo siempre me gustó y fue mi refugio. En el CONICET, durante el primer año del bebé la jornada laboral es reducida, y eso para mí fue un alivio. En la universidad donde trabajaba cuando nació mi hija, si bien tenía una muy buena guardería, no tenían lugar para nosotras porque yo no era docente, solamente era investigadora. Por lo que dejaba a mi bebé en casa con mi pareja y una cuidadora. Cuando volví a la universidad, como yo aún estaba

dándole de mamar y ella estaba en casa, tenía que sacarme leche, pero, no había ningún lugar oficial donde hacerlo.

En ese momento no se me ocurrió que yo podía pedirle a la universidad que me asignara un lugar para sacarme leche. Podría haberlo hecho en el baño de las mujeres, pero no quería hacerlo ahí, me parecía antihigiénico y además debería hacerlo enfrente de todas la que estuvieran pasando por el baño en ese momento. Entonces, como en una de las oficinas solo trabajaban mujeres, me sacaba leche ahí, de espaldas a la puerta, por si alguien entraba mientras me estaba sacando leche. Me ponía un delantal de laboratorio que dejaba abierto y así podía exprimir leche y tapar mis pechos a la misma vez. Un acto íntimo inevitablemente hecho público. Además, no me salía mucha leche. Un día una colega, al ver mi escueta producción, comentó que ella llenaba dos mamaderas cuando se exprimía y que hasta donaba lo que producía de más a un banco de leche. Era un comentario sin malicia, pero inevitablemente ponía en evidencia que yo no llenaba ni media mamadera (pero mi hija creció siempre en base a mi producción así que no tuve que preocuparme mucho por la cantidad). Lavaba mis adminículos de extracción con agua hirviendo y guardaba mi producción en la heladera, en una mochilita, que colocaba junto a los almuerzos de mis compañeros.

Yo estaba decidida a continuar con mi lactancia así que lo hice sin cuestionarme, sin pensarlo dos veces, pero el sistema no debería darles la espalda a las madres lactantes. Al no tener un lugar donde exprimir leche, se obstaculiza la posibilidad de mantener la lactancia en el tiempo (Gorodischer, 2022). Sin duda la presión para que amamantemos convive con los obstáculos para poder hacerlo (Gorodischer, 2022). Muchas mujeres enfrentan esta barrera, tanto en el trabajo como en conferencias, aunque actualmente la tendencia pareciera estar mejorando, comparando con la década pasada.

Mi bebé desde que tuvo dos meses y hasta que tuvo casi 5 años durmió muy mal, despertándose muchísimas veces por noche, y yo con ella. Hace poco escuché, de una especialista del sueño, que las personas que duermen poco tienen mayor dificultad en concentrarse, menor capacidad de tomar buenas decisiones, menor fuerza de voluntad para seguir planes, y mayor fatiga mental y psicológica. Verdaderamente no sé cómo en ese tiempo logré ser operativa laboralmente y producir, casi sin dormir. Durante el tiempo en que mi hija quedaba en casa cuando yo iba al trabajo, yo me iba de casa muy temprano y llegaba a la oficina a las 7 am (y habiéndome despertado incontables veces de noche). Me quedaba ahí trabajando hasta el mediodía y me iba antes del almuerzo, cumpliendo mis horas de jornada

reducida. Un día, la que era mi supervisora en ese momento, me pide hablar conmigo, me dice que mis horarios de trabajo eran muy raros y que llegaba al laboratorio demasiado temprano, mientras la gran mayoría de mis colegas no estaban (ellos y ellas llegaban entre las 9 y las 10) y que entonces para cuando estaban todos yo ya me iba, y me perdía la interacción con los otros y que debería considerar venir en otro horario. A mí ese comentario me dolió, sobre todo viéndolo de ella que también era madre. Me dolió sobre todo porque yo estaba cumpliendo con mis horas y tareas, y con un importante esfuerzo. Describiendo esta experiencia me doy cuenta de que en ese momento me quedé callada, no le dije nada, debería de haberle dicho que me sorprendía negativamente su comentario. Igualmente, yo seguí con mi esquema, ya que estaba cumpliendo con mis obligaciones. A veces las mujeres no ayudan a las mujeres.

Antes de convertirme en mamá yo estaba viajaba mucho al exterior, tanto por placer como por trabajo. Laboralmente viajaba mucho a Estados Unidos donde hice parte de mi doctorado y todo mi postdoctorado. Como parte de un proyecto de cooperación internacional que presentamos y ganamos junto a una colega de la República Checa debía viajar por un mes a su laboratorio para realizar unos

experimentos. Hice ese viaje cuando Julieta tenía un año y dos meses y decidí llevármela. De alguna manera loca e inconsciente pensé que ese viaje de trabajo iba a ser similar a otros viajes, con la diferencia que viajaría acompañada por mi bebé. Organicé que una cuidadora estaría con ella en su casa durante las horas laborales y pensé que con eso lo tenía todo resuelto. Pero, cuando llegué a la República Checa, rápidamente me di cuenta de que la situación era totalmente diferente a lo que me había imaginado, y que yo no tenía el control de lo que pasaba. Resultó que la cuidadora no podía cuidarla muchos días de los que se había comprometido, por lo cual yo tampoco podía trabajar. Y, los días que iba a la casa de la cuidadora, mi hija lloraba en cuanto se daba cuenta que estamos llegando a su casa. Yo lloraba también porque me daba mucha angustia, estaba muy tironeada, no quería dejarla llorando, me daba culpa dejarla, pero quería trabajar, había cruzado el mundo para ir hasta allá a hacer esos experimentos. Todavía estaba amamantándola en ese viaje; no quise interrumpir la lactancia justo antes del viaje por si necesitaba contención durante nuestra aventura. Con todos los cambios que ella experimentó empezo a tomar más pecho durante nuestra estancia allí, y con la demanda empecé a producir mucha leche y tuve mi primera mastitis al año de mi bebé. Final-

mente, después de unos días de ver que la situación no estaba funcionando, lloré enfrente de mi colega, le conté lo que me pasaba, y juntas logramos cocrear una solución. Yo traía a mi hija a la oficina y un ángel de su trabajo la llevaba de paseo unas horas, mi hija se iba feliz con ella, y después mi bebé almorzaba conmigo en la oficina y dormía su siesta ahí, mientras yo seguía trabajando. Al final todo resultó bien, pude realizar mis estudios y la experiencia fue inolvidable para las dos, madre e hija.

Las aventuras y desventuras que vivimos juntas las compartí en una columna en la sección *Working Life* de la revista *Science* (de Tezanos Pinto, 2017) donde se comparten experiencias de vida relacionadas con el trabajo. A partir de esa experiencia decidí que no viajaría más con ella, y en lugar de eso empecé a hacer viajes de trabajo más cortos y más cerca de casa, y de a poquito los viajes de trabajo se fueron desacelerando hasta que en un momento se detuvieron por completo, durante muchos años. Hace algunos años empecé a extrañar viajar por trabajo, lo sentía como una ausencia. Recién este año, 2022, volví a participar de un congreso internacional en el exterior (Gandía, España) al que fui sola, ausentándome 11 días de casa, ahora que Julieta tiene 10 años. Otra barrera que enfrentamos las madres latinas en lo referente a viajes de trabajo es el estigma

cultural. Cada vez que viajaba por trabajo y mi marido se ocupaba de nuestra hija, mis familiares no hacían más que decirme lo afortunada que era de tener un marido tan bueno que cuidara de mi hija. Pero, cuando él viajaba por trabajo nadie le decía a él lo afortunado que era que su mujer cuidara a su hija.

Cuando mi hija tenía dos años surgió una posibilidad de docencia en la Universidad, lo que me daría el lugar en la guardería, y entonces me presenté. Ecología fue el área en la que concursé y gané, pero la materia en la que finalmente quedé seleccionada fue Biometría (estadística aplicada a la biología), una materia que pocos docentes quieren tomar. Yo dudé mucho en aceptar ese puesto porque no era especialista en Biometría y mi puesto era de jefa de Trabajos Prácticos, lo que implicaba llevar adelante las clases. Después de mucho pensar lo elegí aceptar el puesto, y solamente lo acepté porque me aseguraron que mi hija entraba a la guardería. Muchas mujeres sufren incrementos en las cargas de docencia junto a la maternidad, y yo fui una de ellas.

Aquellos fueron los mejores tiempos y los peores tiempos. Fueron buenos tiempos porque mi hija estaba en una guardería maravillosa en la planta baja de mi Universidad. íbamos y volvíamos juntas del trabajo, ella podía estar bien

cuidada de 10 a 17 horas, lo que me permitía trabajar bien y productivamente durante ese tiempo. Cuando la buscaba nos tomábamos algo juntas, explorábamos la biblioteca, y ella jugaba un rato en las escalinatas. Y eso fue hermoso. Pero, también fueron los peores tiempos porque la materia que enseñaba era muy difícil para mí, y me pasaba todos los días y los fines de semana preparando las clases. Temía durante las clases que mis alumnos se dieran cuenta que estaba aprendiendo a la par de ellos y que no dominaba el tema. Muchas veces no podía dormir de los nervios que me daban pararme enfrente de mis alumnos a dar la clase. Tachaba los días que faltaban para terminar la materia. El síndrome del impostor me estaba matando. En las evaluaciones docentes muchos alumnos notaron que yo no tenía experiencia, y que dudaba, aunque también notaron mi esfuerzo. A mí me encanta la docencia, pero eso fue demasiado difícil para mí, y con un costo muy grande para mi familia. Tener acceso al jardín maternal es una de las soluciones estructurales que las madres deberían poder acceder sin tener que incrementar sus cargas de docencia o ser forzadas a hacer docencia.

Al año siguiente, aunque se me ofreció la posibilidad de continuar en el puesto de jefa de Trabajos prácticos en Biometría, elegí renunciar y pasé a mi hija a un preescolar

cerca de mi casa, con doble escolaridad. Ella tenía tres años en ese momento y casi era la única de su clase que hacía doble turno. Cuando me di cuenta de eso me dio culpa, pero yo prefería que ella estuviera en una institución y que no estuviera en mi casa sola con una cuidadora mientras yo estuviera ausente. Yo y mis hermanos, de pequeños, tuvimos una muy mala experiencia con una cuidadora, con la que estábamos lamentablemente a su merced, y que nos daba medicación para dormirnos sin que mi madre supiera (hasta que se enteró). Y, entonces nunca quise que mi hija tuviera que vivir eso, y preferí que ella estuviera escolarizada y supervisada por diferentes adultos.

Otro hito en el camino de la maternidad y el trabajo fue la Pandemia. El COVID detuvo el mundo e implicó que muchas madres en ciencia incrementaran desproporcionadamente sus tareas de cuidado (Staniscuaski *et al.* 2020). En mi caso en particular, mi hija empezó la Pandemia con 7 años, cuando estaba en segundo grado, y estaba recorriendo sus primeros pasos en la lecto-escritura. La Pandemia implicó ser la docente a tiempo completo de mi hija, supervisar todas sus tareas y sus reuniones virtuales. Implicó también ajustes hasta encontrar el equilibrio que funcionara para las dos. Al principio yo hacía todo mi trabajo, y una vez que terminaba recién después hacia sus tareas, pero ella estaba

demasiado cansada por las tardes y siempre era estresante. Entonces lo hicimos al revés, primero hacíamos todas sus tareas y luego yo hacía mi trabajo. Mi trabajo quedó relegado a franjas horarias extremas, o muy temprano por la mañana o muy de tarde-noche. Mi pareja a quien amo, es un buen padre, él cocina todas las noches y se encarga maravillosamente bien de nuestra vida culinaria, del supermercado, etc., pero en temas de educación y cuidado prácticamente todo cae sobre mí. Yo intenté que él me supliera con la escolaridad virtual de mi hija, pero eso no ocurrió. Finalmente, el día que supe que volvían a clases, un año y medio después del confinamiento, lloré de emoción, parecía increíble volver a la normalidad, habíamos sobrevivido.

Si bien en los informes anuales del CONICET se contempló la Pandemia y no hizo falta aprobarlos, ¿Cómo medir el impacto de las dificultades que enfrentamos en ese periodo donde el mundo se detuvo y a la vez se aceleraron las demandas y cuidados para nosotras? Y, así como fue difícil transitar la Pandemia, actualmente me resulta difícil la presencialidad absoluta (en mi instituto solamente puedo hacer teletrabajo una vez por semana). Creo que la flexibilidad laboral es muy importante, sobre todo para las madres, y que estaría bueno que nuestros jefes y directores confíen en nuestro trabajo y objetivos alcanzados,

en vez de contar horas hombre como métrica de cumplimiento. Sobre todo, cuando por un año y medio estuvimos produciendo y avanzando en la ciencia a pesar de todos los pesares, y remotamente.

Indefectiblemente las barreas van cambiando a lo largo del tiempo, al inicio de un bebé y hasta los primeros años, las tareas de crianza son intensas y se combinan con momentos de gran cansancio físico y mental (dormir poco, dormir entrecortado, amamantar). Cuando mi hija cumplió su primer año pensé, “sobreviví al primer año”. A medida que los chicos van creciendo y empieza la escolaridad va disminuyendo la intensidad de las tareas de crianza y las horas de escolaridad también te permiten organizar el día laboral. Mi trabajo, salvo excepciones, se concentra en el horario en el que ella está en el colegio. Y rara vez trabajo los fines de semana o después de hora, y solamente lo hago cuando tengo una obligación importante que cubrir. Es verdad que esta aproximación limita la cantidad de horas dedicadas al trabajo y eso seguro que influencia en mi productividad, pero a mi esta modalidad me funciona bien.

He aprendido a ser extremadamente eficiente, metódica y enfocada, y eso sin duda me ayuda a lograr mis objetivos y alcanzar un nivel de productividad adecuado. Pero, es verdad que hay menos disponibilidad de tiempo. Si bien

he logrado mucha eficiencia eso también implicó aislarme socialmente de mis compañeros, sobre todo durante los primeros años de mi hija no mantenía una conversación en el trabajo con nadie, al menos que fuera extremadamente necesaria. También cuando una tiene menos tiempo dedica menos tiempo a revisiones de artículos científicos, a viajar por trabajo, a asistir a congresos, a formar parte de comisiones, a realizar activismo y a formar estudiantes. No tener estudiantes a cargo, a la larga imposibilita el avance en la carrera académica, al menos en el CONICET (Argentina) ya que en las categorías más altas es requisito tener estudiantes de doctorado, de postgrado.

Actualmente mi hija tiene 10 años y además de manejar mi agenda de trabajo y personal también me encargo de la agenda de mi hija, como, por ejemplo, sus múltiples actividades extracurriculares, a quien casi en su gran mayoría de las veces soy yo quien la busco, traigo y espero. Mi dificultad principal actual se concentra en qué hacer durante las vacaciones de verano del colegio, que duran 3 meses y las de invierno que duran 3 semanas, mientras que mis vacaciones son a lo máximo 1 mes. Durante el tiempo que ella está de vacaciones son malabares los que hacemos para cubrir nuestras ausencias con mi pareja, ya que las colonias de vacaciones son extremadamente caras para

afrontar. Estaría buenísimo poder tener más flexibilidad en esos momentos y trabajar desde nuestras casas, o tener un lugar dónde ella pueda ir a un costo accesible asociado a los lugares de trabajo. En la Universidad de Buenos Aires, por ejemplo, hay una muy buena colonia de vacaciones que es accesible económicamente para el personal, aunque yo ya no trabajo más ahí.

Si bien, esto que comparto con ustedes es la historia de cómo viví y vivo en mi propia piel esto de ser madre y trabajar en ciencia, es muy posible que muchas hayan vivido o viven experiencias similares, incluso a pesar de que nuestras experiencias son particulares y siempre únicas. Hay un grupo de mujeres que dibujan caricaturas ilustrando casos reales de sexismo en ciencias tanto de mujeres como de madres en ciencia (<https://didthisreallyhappen.net>), y en muchas de las caricaturas me sentí identificada. Probablemente muchas se identifiquen de alguna manera con lo que comparto aquí con ustedes.

A pesar de la merma en la libertad con la maternidad, nunca me postergué del todo, siempre guardé como tesoro aquellas cosas que me gustan mucho, mi trabajo, mi desayuno en soledad, mi baño de inmersión, leer todas las noches y escribir de vez en cuando en algún café. Siempre digo que una mamá feliz es una buena mamá. Pienso

también que soy feliz siguiendo mis pasiones de ser madre y científica. Creo que nunca deje de mirarme a mí misma, qué quería yo, qué me hacía feliz. Me gusta escuchar a mi cuerpo, muchas veces me pide que me detenga para evitar quedar quemada mentalmente. A lo largo de mi historia hice un trabajo lento pero constante de elegir bien a mis colaboradores, de formar un equipo donde fuera feliz trabajando, de no aceptar trabajos que se alejaran de mi interés y alejarme de colaboraciones disfuncionales.

Quiero recalcar que amo ser madre, es el mejor regalo que me tocó en la vida. Haberme transformado en madre me agregó una faceta muy interesante a mi vida, la enriqueció profundamente y me hace muy feliz. En el camino de la maternidad aprendí un montón de herramientas y habilidades sociales que me ayudan a ser mejor científica y persona. Éstas incluyen flexibilidad, creatividad, flexibilidad, empatía, resiliencia, diversidad, eficiencia, multitasking, manejo del tiempo, balance de la vida privada y académica, pedir y aceptar ayuda, improvisar, obligarme a parar, evitar el perfeccionismo, desarrollé habilidades de organización, y aprendí a establecer prioridades. Me convertí en madre cuando ya pensé que ese tren no iba a frenar en mi estación. Tuve a mi hija a los 38 años, porque encontré el amor a esa edad, no por demorar mi maternidad por la ciencia.

Nosotros quisimos tener otro bebé, pero nunca más volví a quedar embarazada, cuento esto para recalcar que no es que quise tener solo un bebé debido a las demandas de mi carrera, sino que el camino se definió así. En un principio no quise apoyarme en la ciencia para tener otro bebé, pero cuando sospeché esa opción mi pareja no quiso y aceptó su decisión, aunque el deseo de ese otro bebé se estiró en el tiempo hasta que por fin llegó mi menopausia, y la realidad me liberó de mi deseo fallido.

Las barreras que enfrentan las madres en la academia son invisibles, entonces tanto las madres, como sus colegas y supervisores asumen que ellas pueden perseverar solamente trabajando duro (Powell, 2021). En esa línea de pensamiento, cuando yo inicié mi carrera universitaria, una profesora me dijo "las barreras están hechas para superarlas" y así pensé yo que era, y que con esfuerzo y dedicación debía poder enfrentar y superar las dificultades del camino. Siempre fui una persona esforzada, desde pequeña, en el colegio y en la universidad, por lo cual esa mentalidad me parecía natural, la de luchar y perseverar. Si bien antes pensaba que las barreras tenían que superarlas por acción propia, ahora pienso en que deben ser visibles y que deben ser reconocidas en los procesos de evaluación y promoción académica. Pienso en las competencias atléticas,

como analogía, dentro de cada categoría todos compiten en igualdad de condiciones. Por ejemplo, en los 100 metros llanos, todos y todas corren sin obstáculos, pero *¿Qué pasaría si en algún andarivel hubiera vallas que saltar, o si el terreno tuviera una pendiente?* Entonces, a una misma capacidad no habría equidad de oportunidades en la carrera, y es posible que ganarán aquellos y aquellas atletas que corrieran en andariveles sin obstáculos. Y eso es lo que nos pasa a las madres en ciencia, enfrentamos más obstáculos en el camino comparado con colegas sin hijos o hijas. Por eso es necesario visibilizar las barreras, primero porque no es posible arreglar problemas que se piensan que no existen. Visibilizar las barreras es el primer paso para proponer soluciones y para saber qué esperar y qué vas a enfrentar cuando nazcas como mamá. Además, visibilizar las barreras que enfrentamos puede ayudar a otras madres en situaciones similares al menos a saber que no son las únicas. También visibilizando nuestras experiencias podemos ser modelos para otras madres o quienes quieran ser madres en ciencia, permite hablar sobre estos problemas como parte de una comunidad.

Siempre que puedo, a nivel individual, trato de visibilizar y concientizar sobre las barreras que enfrentamos las madres en ciencia, ya sea a través de la fuerza de la escritura,

tanto en este capítulo como en columnas de opinión (de Tezanos Pinto, 2017, <https://www.mothersinscience.com/member-spotlights/paula-de-tezanos-pint>), participando y planeando reuniones en conferencias, y exponiendo estos temas en charlas y cursos. También aclaro en los informes de avance académico y en pedidos de subsidios que soy madre, y que a pesar de las barreras que enfrento mantengo una buena producción académica. También, he juntado datos de la comunidad científica de Argentina (de 12000 investigadores en CONICET), que evidencian el efecto de la maternidad y paternidad en el avance de la carrera académica (de Tezanos Pinto, 2022a y b). Finalmente, recientemente incluí información sobre mi maternidad en mi curriculum vitae, algo que hasta ahora nunca había hecho, probablemente porque me parecía que solamente debía mencionar ítems académicos. Pero es verdad que se debe contemplar la maternidad en el currículum, tal como lo implementaron en Brasil gracias a la agrupación *Parents in Science* (<https://www.parentinscience.com>), para permitir evaluaciones más justas. Actualmente, me sumé a una asociación de madres en ciencia, Mothers in Science ([www.mothersinscience.com](http://mothersinscience.com)), que abogan por equidad laboral y justicia para las madres académicas. Tengo claro que no puedo dedicarme a tiempo completo al activismo, porque

mi tema de investigación son las cianobacterias y su ecolología, pero si puedo sumar mi voz a las voces de otras que ya están tomando acciones concretas. Esta es mi manera de hacer escuchar mi voz, que muchas veces se quedó callada cuando tuvo que hablar. Ahora me sumo a la conversación de muchas mujeres valientes que trabajan para mejorar la situación de inequidad actual.

Las soluciones para luchar contra la discriminación estructural contra las madres, son, entre otras: (I) gozar de licencia de maternidad pagada; (II) que el padre también acceda a licencia por paternidad, esto ayudaría a erosionar los estereotipos de cuidado; (III) proveer lugares de extracción de leche; (IV) facilitar guarderías en los lugares de trabajo; (V) contemplar los costos reproductivos en los llamados a becas, subsidios, premios, evaluaciones y promociones; (VI) contemplar subsidios específicos para madres en ciencia que permita cubrir los gastos asociados al cuidado; (VII) explicitar en el curriculum vitae la cantidad de hijos e hijas que se tiene sin que existan prejuicios o discriminación por ello; (VIII) permitir flexibilidad en los horarios de trabajo y/o trabajo remoto, entre otras acciones. Las barreras que enfrentamos deben ser contempladas en las métricas en las que se nos evalúa para acceder a una mayor equidad para las madres en ciencia. Las acciones

individuales y colectivas son fundamentales para provocar cambios en el sistema para ayudar a disminuir los pesos que caen sobre nosotras, las madres científicas.

Referencias

- De Tezanos Pinto, P. (19 de mayo de 2017). "The journey of a scientist mother". *Science*, 356(6339), p. 774. Recuperado de <https://www.science.org/doi/10.1126/science.356.6339.774>
- De Tezanos Pinto, P. (14 de septiembre de 2022a,). "Visualizing the barriers that mothers in science face, and discussing possible solutions: summarizing the experience from Argentinean academic mothers". [Conferencia]. *Bridges between disciplines, gender in stem and social sciences*. Gandia, Valencia, España. Recuperado de <https://bridges2022.com/>
- De Tezanos Pinto, P. (27 de noviembre de 2022b,). "Gender and parenthood effects in career advancement, evidence from the Argentinean National Council of Science (CONICET)". [Conferencia]. *Lakes and Memories of the Landscape, IAL IPA*. Bariloche, Argentina.
- Gorodischer, V. (2022). *Desmadres*. Editorial Planeta.
- Powell, K. (22 de julio de 2021). "How mothers get penalized in the scientific race". *Nature*, 595, pp. 611-613. Recuperado de <https://static1.squarespace.com/static/5d1cb606f801140001320f5c/t/63d06f373c-7c767e73e4438d/1674604344058/NatCareersMotherhood+%281%29+%281%29.pdf>
- Staniscuaski, F., Reichert, F., Werneck, F. P., de Oliveira, L., Mello-Carpes, P. B., Soletti, R. C., Infanger Almeida, C., Zandona, E., Klein Ricachenevsky, F., Neumann, A., Schwartz, I.V. D., Sayuri Kikuchi Tamajusuku, A., Seixas, A. y Kmetzsch, L. (15 de mayo de 2020). "Impact of COVID-19 on academic mothers". *Science*, 368(6492), p. 724, DOI: 10.1126/science.abc2740